



## El baile del laberinto

Pedro Vicuña  
Actor

**H**ablar de *Cicatrices* de Egon Wolff, como actor, es dar cuenta de las propias cicatrices, de esa suerte de sutura que une los diversos trozos visibles del mosaico de nuestra fragmentariedad. Porque en la vastedad de la escena desnuda, en la escenografía desangelada en la que nos coloca María Paz Vial, nuestro único recurso y punto de partida es el espacio habitado por nuestros propios fantasmas, por nuestras propias memorias y marcas que el tiempo ha ido dejando en nuestra sangre.

Más aún, al proponérsenos un tipo de movimiento cercano a la estaticidad, con extrema economía de gestos, el único resonador posible parecieron ser las profundidades abismales —a veces aterrantes y otras embriagadoras— en que cada vez un nuevo descubrimiento del alma propia se iba produciendo. Porque las cicatrices son, también, la única traza visible de un laberinto que es siempre más complejo y abismal de lo que uno mismo —conocedor, supuestamente, del propio— se imagina. Porque el montaje se me presentó a mí como el antiguo ritual del *baile del laberinto*, en el que cada danzante va dibujando en su desplazamiento un camino que recuerda el momento mítico del paso de las tinieblas a la luz. Es decir, desde la hondura de la nebulosa, del caos del inconsciente hacia el conocimiento de sí mismo. Y ese camino se presenta aparentemente con dos únicas salidas posibles: la desaparición en las fauces de nuestra propia irracionalidad o la embriaguez que la luz del día produce y que nos puede hacer traicionar a Ariadna, abandonándola en una isla.

En esta encrucijada, o más bien, en este derrote-

ro lleno de encrucijadas por el que transitamos durante el montaje, dadas las condiciones de no tener más recurso ni punto de apoyo que el alma propia, la posibilidad de *fabricar* el tejido emocional que sustentase nuestra presencia en escena era nula. Había que encontrar las claves precisas para que la textura emocional, su urdiembre, surgiera genuinamente como el agua que brota espontáneamente de los manantiales. Es así como debimos ir contando, como diría el poeta Odysseas Elytis, *las veces que fui malvado, las veces que fui traidor*. Sin embargo, siendo nuestro único sustento real nosotros mismos, habitando los espacios de la escena como animales desollados vivos —quiero decir, en un estado límite de la sensibilidad—, el proceso de cada día de nuestra cotidianeidad privada, de la extra-teatral si se puede así decir, tomaba cuerpo muy pesadamente, al nivel de la aproximación a nuestra esencia, sobre el escenario.

Dado el texto esencialmente fragmentario de *Cicatrices*, en que las escenas son pequeños instantes como iluminados por un destello fugaz, donde la única solución de continuidad posible pasa por el alma desnuda del actor, esto cobra, a mi juicio, especial importancia. Porque lo que aparece en juego sobre el escenario no puede ser sino la propia cicatriz —muchas veces, la herida aún sin restañar— que, nutriéndose, al mismo tiempo se escapa e independiza del personaje concebido en el papel y le da una dimensión real que lo amplía y le hace ser sujeto de sus propias leyes y no de las que hubiesen preconcebido. Esta fue quizás la única salida posible del laberinto propuesto por el autor, el diálogo



permanente con el propio Minotauro que nos va revelando día a día algo nuevo de nosotros mismos. La reconstrucción de la acción transgresora en nuestra propia transgresión, la que no podemos hacer sino caminando sobre las suturas de nuestra fragmentariedad, sino recorriendo el propio laberinto, tratando de aunar los fragmentos, las piedras diseminadas de nuestro mosaico.

Si, como dije al principio, hablar de la obra **Cicatrices** es dar cuenta de las propias cicatrices, creo que nuestro poeta Neruda lo puede resumir mejor que yo:

*Si me preguntais en dónde he estado  
debo decir "Sucede".*

*Debo de hablar del suelo que oscurecen las  
/piedras,  
del río que durando se destruye...*

*Si me preguntais de dónde vengo, tengo que  
/conversar con cosas rotas,  
con utensilios demasiado amargos  
con grandes bestias a menudo podridas  
y con mi acongojado corazón. ■*

**Cicatrices**, dirigida por María Paz Vial.  
En la foto: Blanca Mallol y Pedro Vicuña.

## CICATRICES

de Egon Wolff

Estrenada por el Teatro de la Universidad Católica el 24 de junio de 1994, en la Sala Eugenio Dittborn del Teatro U.C.

### FICHA TECNICA

*Dirección* María Paz Vial  
*Escenografía y Vestuario* Pablo Núñez  
*Iluminación* Ramón López  
*Música* Patricio Solovera  
*Producción* Guillermo Murúa  
*Asistente de Dirección* Alejandra Rubio

### REPARTO

Olivia Blanca Mallol  
Germán Pedro Vicuña  
Ernesto Mario Poblete  
Beatriz Tamara Acosta